

VIAJE A NINGUNA PARTE, LEYES DE IDA Y VUELTA

JUAN SOUTULLO. EDUCADOR DE TERANGA. FUNDACIÓN JUAN SOÑADOR. OUIRENSE
ADAMA BA. INMIGRANTE DE CHAD. ÁFRICA

INTRODUCCIÓN

Entidades como SOS Racismo vienen alertando, desde hace meses, que *“si se mantiene la redacción del anteproyecto de ley de Seguridad Ciudadana también se pretende colar una reforma encubierta de la ley de Extranjería”* (L.O. 2/2009 y anteriores). Se cree que *“el Gobierno quiere evitar el control que los Juzgados están realizando sobre el abuso que hace la policía de las órdenes de expulsión”*.

El siguiente testimonio ejemplifica que, muchas veces, ley y vida no van de la mano; y que, si partimos de experiencias personales, las leyes pueden ser muy distintas y menos ambiguas.

SEIS AÑOS Y UN DÍA

Mi nombre es Adama Ba y en 2006 emprendí mi viaje de Chad a España. **Nadie quiere abandonar su país si no es por obligación o por buscar una vida más digna.**

Algunos de mis amigos y primos, que residían en Asturias y Tenerife, decían que en España podía encontrar nuevas oportunidades.

En mi familia, quienes están en mejores condiciones físicas y mentales son los “enviados” a esta travesía. Y se resignan a pensar que quien consigue pisar suelo español traerá buena suerte para el resto de los días.

Llegar a España no fue nada fácil. Hasta llegar a Orán (Argelia), lugar desde donde cruzamos el Mediterráneo, tardé cerca de 2 años, recorriendo varios países y haciendo más de 8000 km, pasando por Senegal y Marruecos y estableciéndome después en Maghia, frontera entre Marruecos y Argelia.

El día que, por fin, subimos a la embarcación, ya en 2008, empecé a creer que de verdad el sueño era posible. Viajábamos 58 personas en una barca de unos 9 metros de largo (tres de las mujeres estaban embarazadas y también iban 5 niños). Cada uno con nuestra historia y de diferentes procedencias, pero con un mismo sueño, el de dar la vida por nuestra familia. Muchos de nosotros no sabíamos nadar, ni llevábamos ningún tipo de flotador o chaleco salvavidas. **Nuestro impulso y entusiasmo era lo que nos llevaba a arriesgar nuestra propia vida y a luchar por la de nuestros seres queridos, a pesar de que estábamos muertos de miedo.**

Estuvimos en el mar un día entero. Fueron las horas más largas de mi vida; se hacían interminables. No le deseo a nadie que pase por esta experiencia. Frío, miedo a quedarnos en medio del mar y no tener comida que llevarnos a la boca, miedo a ahogarnos...

Creíamos que ya estábamos llegando, pero en realidad estábamos un poco perdidos. Quise echarle una mano a quien dirigía la barca, porque lo conocía. Pensé que con mi ayuda conseguiríamos orientarnos y



llegar a tierra española. Pero esa decisión fue la que marcó mi futuro. La Guardia Civil de Motril nos detuvo y después nos trasladaron al CIE de Fuerteventura, y días más tarde nos acusaron, a quien dirigía la embarcación y a mí, de que formábamos parte de una mafia organizada. La sentencia del juez fue de 6 años y 1 día de prisión. Y aquí estoy... Andalucía, Canarias... y ahora en Galicia. Nada de lo que me imaginaba ha sucedido. Mi familia, especialmente mi madre no sabe lo que estoy pasando aquí. **Mis estudios, la educación que me dieron desde pequeño y mi afición a la lectura, han hecho que estos casi seis años, encerrado entre rejas, no consiguieran hundirme ni desilusionarme.** El apoyo de alguna gente, mi esfuerzo por salir adelante y tener siempre los pies en la tierra, me han ayudado a darle la vuelta a la tortilla y nunca mejor dicho. Llevo ya algún tiempo trabajando en la cocina de esta prisión, cocinando para mis compañeros. Aprendo muchas cosas, convivo y trabajo en equipo con otros chicos, y con la humilde gratificación que voy ahorrando, intento ayudar a los míos.

Hace un mes me dieron el primer permiso fuera de prisión, después de denegármelo varias veces. La Fundación JuanSoñador se hizo responsable de que pasara tres noches en su recurso de acogida y pudiera respirar un aire diferente, conociendo a gente, visitando la ciudad, sin tener que dar explicaciones a nadie, ni tener que colocar mis manos, como de costumbre, para que un funcionario de prisiones me las esposara. Aún hoy soy incapaz de explicar la sensación de libertad que tuve ese fin de semana.

Cuando se publique este artículo, probablemente ya esté fuera de prisión. Se habrán cumplido los 6 años y 1 día. Ningún recurso de mi abogado hizo posible que redujeran mi condena. Cada vez que pienso en ello, no soy capaz de entender

cómo funciona la ley en un país que se dice más desarrollado y más democrático que de donde yo vengo. Acusado por ayudar a conseguir un sueño, por intentar no perdernos ni ahogarnos en el mar, por dirigir una embarcación a buen puerto, donde 58 personas íbamos a nacer de nuevo **y empezar una nueva vida, luchando por nuestra dignidad y por la de nuestras familias, esa que nos arrebataron cuando colonizaron nuestros países, cuando esclavizaron a nuestros parientes, cuando se siguen enriqueciendo a costa de la riqueza de nuestras tierras y nuestro trabajo.**

Y cuando leáis estas líneas, puede que esté en España, buscándome la vida e intentando regularizar mi situación administrativa. O también puede que el juez haya dictaminado devolverme a mi país, en uno de esos vuelos programados, sin la oportunidad de volver a poner un pie fuera de prisión, trasladado en un furgón bien custodiado, directo al aeropuerto, donde me subirán a un avión cuyo destino no sabré hasta que llegue el momento.

Echo la vista atrás, a la primavera de 2008. Pensaba que aquella travesía iba a ser dura e interminable. Pero ésta también lo ha sido y mucho.

En el momento en que doy testimonio de mi viaje a ninguna parte, aún no sé ni qué va a ser de mi vida, ni qué quiero hacer de ella. No sé si mi deseo es que me dejen en libertad en este mismo país, que aún no tuve la oportunidad de conocer, o si prefiero que me devuelvan con mi familia, y poder **recuperar la vida perdida, tras una vida sin libertad, sin apenas levantar la mirada, controlando mis pasos, mis gestos y mis palabras y sin expresar sentimientos.**

Sé que hay leyes justas. Pero también es cierto, y creo que sé de lo que hablo, que a veces las personas inocentes son las que cumplen condena como consecuencia de otras leyes injustas que se inventan los países, en un mundo que gira en torno a algo llamado dinero.

He tenido la suerte de conocer gente buena en prisión, tanto entre mis compañeros como algunos funcionarios y funcionarias. Y he podido tener derecho a comunicaciones con los educadores de la Fundación JuanSoñador, quienes me acogieron sin conocerme, ya estando yo en prisión, y gracias también al apoyo de profesionales que no quisieron que fuera un número más, un olvidado subsahariano en un país sin sueños. Y doy gracias porque hoy puedo contarlo.